



CUARTO DIA

ACTO DE CONTRICIÓN COMO EL PRIMER DÍA

Consolator optime.

Oh! consolador óptimo.

PUNTO PRIMERO.

Considera, alma devota del divino Espíritu, como en El hallamos nuestro mayor consuelo. Cuando perdemos la paz del espíritu, bien porque carecemos de alguna virtud cardinal, ó porque nos domina alguno de los vicios capitales, turbada nuestra alma por negra pesadumbre, busca consuelo y no lo halla. Lo busca en los pasatiempos mundanos, en

la falsa amistad, en las tertulias y frivolidades, pasadas las cuales se queda ella aún más perpleja y desolada, ó tal vez, más lejos de Dios. Nuestras inquietudes nacen también, á veces, de nuestra poca fe y desmayamos luego cuando Dios nos prueba, privándonos por algún tiempo de aquello que más anhela nuestro amor sensible; así como privó á Job de sus hijos y salud corporal; á Tobías de la vista y á Abrahám de su hijo Isaac. Mas la fe de aquellos patriarcas, no sólo les consoló luego, sino que aquella pasajera vicisitud se convirtió en mayor gozo y alegría y les atrajo del cielo mayor número de mejores bienes.

PUNTO SEGUNDO.

Isaiás llama Espíritus á los dones del divino Consolador; y Santo Tomás les titula, soplo de siete formas, que mueve y atrae todas las virtudes. De la misma manera se expresa San Antonio cuando dice: el espíritu de temor echa al de sober-

bia; el de piedad al de envidia; el de ciencia al de ira; el de consejo al de codicia; el de fortaleza vence al de pereza; el de inteligencia modera la gula y el de sabiduría refrena la lujuria. Considera, bien, cristiano, cómo estos espíritus viciosos, son, comunmente, la causa de nuestro tedio, de nuestros remordimientos y de las congojas de nuestras pobrecitas almas; y que sólo hallamos consuelo y socorro invocando fervorosamente á los espíritus del bien, que son los dones del Espíritu Santo, el que nos conforta, en El lo podemos todo, como nos dice el Apóstol San Pablo. Y ¿quién pasó tantas tribulaciones por mar y tierra como ese santo que así nos habla?

PUNTO TERCERO.

Considera, en tercer lugar, cuán a menudo nos confundimos, los hijos de Eva, al obstinarnos en seguir el impulso de la propia voluntad. La voz del divino Espíritu y el ángel de nuestra guarda nos

002283

amonestan interiormente á fin de que nos abstengamos de gustar las frutas prohibidas, esto es: los goces ilícitos, el rencor, la murmuración, el orgullo, la vanidad y la vanagloria; mas nosotros nos cesamos de mirarlas, dando oídos al tentador y acallando la voz de la conciencia: resultado, que comemos aquellas frutas y participamos de ellas á los demás. Pero pronto experimentamos la desnudez de la gracia, quedamos turbados, tristes y pesarosos. Muy diferente es, por cierto, la norma de las almas justas y que temen á Dios: renuncian, desde luego, la voluntad propia; se miran como inferiores á los demás, cierran las puertas á los sentidos y moderan los ímpetus de las pasiones, invocando la presencia de Dios y la Gracia del Espíritu Santo. ¿Por qué, pues, no he de hacer lo mismo que las almas buenas, que me sirven de ejemplo y viven en paz aún en medio de las borrascas?

ORACION.

¡Oh Espiritu consolador! heme aqui, triste y desconsolada mi alma. Busco la paz entre las criaturas y no la hallo, entre las diversiones de los mundanos y bienes terrenos y tampoco la alcanzo, porque veo que todo pasa como la sombra y que todo lo he de dejar. ¡Ah, cuán necio soy, triste de mí, y falto de entendimiento! Pero, Señor, os diré con San Pablo ¿qué queréis que yo haga, tan falto de virtudes como ciego del alma? El bien que quiero hacer no lo hago, ni evito el mal que evitar quisiera porque mi propia voluntad me desvía de la senda que vos, Señor, me habéis trazado y sigo por otra llena de escollos y precipicios y por donde los espíritus del mal me asaltan á cada paso. ¿Quién, pues, me abrirá los ojos, me dará la gracia y la paz en mi alma? ¡Vos, oh Espiritu consolador! Vos podéis concederme ese gran beneficio. Hacedlo, pues, así os lo ruego

por intercesión de vuestra divina Esposa: iluminad mi entendimiento, guiad mi alma para que yo haga siempre vuestra divina voluntad y no la mía y así hallaré la paz. Amén.

Se rezan tres Padrenuestros, &, &, como el primer día.

ORACION A MARIA SANTISIMA.

¡Virgen, Madre y Reina mía! miradme á vuestras plantas como el hijo más triste y desconsolado; obstinado en hacer mi propia voluntad y terco en mis caprichos, he perdido la paz de mi alma y no hallo tranquilidad. A Vos acudo, que sois el consuelo del afligido. Alcanzadme de vuestro divino Esposo la gracia de los siete dones, en particular el de entendimiento, con que yo sepa vencer mi propia voluntad y ajustarla á la divina. Así en algo os deseo imitar á Vos, y hallaré

la paz y el consuelo del divino Espíritu consolador, y de que tanto necesito. Amén.

Se reza una Salve, etc., etc., como el primer día.



QUINTO DÍA.

ACTO DE CONTRICIÓN COMO EL PRIMER DÍA

Dulcis hospes animæ.

Amado huésped del alma.

PUNTO PRIMERO.

Considera, alma y alcázar del amor divino, como el Espíritu Santo es, no solo el huésped de las almas, sino también la misma vida de ellas por la gracia que les comunica con cada uno de los siete dones, como nos lo dice San Cipriano. Siendo el divino Espíritu, puro fuego y luz celestial, ilumina el alma de tal manera, que realza su hermosura sobre el

estado en que la creó Dios Padre. De la misma manera, dice Santo Tomás que el Espíritu Santo embellece, graba nuevos primores á las demás obras de la creación, tanto en el orden natural como en el sobrenatural. Un ejemplo, por excelencia, lo tenemos en los Apóstoles, á quienes creó Dios Padre; los redimió Dios Hijo y los instruyó en la celestial doctrina; mas el Espíritu Santo perfeccionó la obra allá en el Santo Cenáculo al manifestárseles en lenguas de fuego, transformándolos, de rudos y cobardes que eran, en verdaderos sabios y héroes que confundían á los sabios del mundo y desafiaban hasta la misma muerte.

PUNTO SEGUNDO.

Considera además, cómo los dones que este divino huésped nos comunica nos alcanzan los doce frutos, á saber: caridad, gozo espiritua^l, paz, paciencia longanimidad, bondad, benigⁿida^d, mansedum-

bre, fe, modestia, continencia y castidad. Mas estos frutos disponen el alma á practicar gustosa las obras heroicas comprendidas en las bienaventuranzas, que constituyen en sí la perfección de la vida cristiana y elevan el alma á lo sobrenatural. Bien puede el infierno levantar tinieblas, borrascas y tempestades, cuando las apacigua y disipa el divino huésped, constituyéndose nuestro defensor, consejero y guía. Con su don de consejo obramos con acierto, y proséguimos sin tropiezo la senda de nuestra santificación y salvación eterna. El don de consejo nos hace discernir, dice S. Antonio, los mejores medios de llegar al cielo.

PUNTO TERCERO

Consideremos, en tercer lugar, cuánto nos interesa el tener siempre en nuestra alma á este huésped dulcísimo, que nos colma de tantos bienes. Siendo El fuego nos enciende y abrasa en el amor di-

vino y disipa nuestra tibieza y negligencia; siendo sapientísimo nos aconseja y saca de las dudas cuando se lo pedimos fervorosamente: El mismo nos amonesta por Tobías, cuando nos dice: «hijo mío, pide siempre consejo al sabio. Y añade San Agustín: AUN CUANDO CORRIERAS TU A GRAN PRISA, MAL CORRERÁS SI NO SABES HACIA DONDE. San Agustín se lamenta de las almas que, heladas por la tibieza, no medran en el camino de la virtud, lo que equivale á volver hacia atrás. Mas así como hay luz artificial, que, á la vez ilumina y pone á los cuerpos en movimiento, así también el divino huésped, que es luz y fuego, nos ilumina y nos pone en movimiento en la senda de la virtud y caminamos con paso firme hacia el cielo.

ORACION

¡Oh huésped amabilísimo de mi alma, Santo y divino Espíritu! heme aquí en vuestra presencia, yerto como un cadá-

ver y sin avanzar en manera alguna por el camino de la virtud. Comunicadme el fuego del amor divino para ponerme en movimiento; aguijoneadme como al buey perezoso para que ande, trabaje y cultive el campo y logre frutos de vida eterna. Regad y fecundad Vos esta tierra estéril, con las fuentes de vuestros dones, y concededme en especial el don de consejo para que yo sepa elegir la senda segura que conduce al cielo, donde os pueda alabar y bendecir por los siglos de los siglos. Amén.

Se rezan tres Padrenuestros, etc., etc., como el primer día.

Oración á María Santísima.

Reina celestial y esposa de mi divino huésped, alcanzadme de El el don de consejo para que yo sepa escoger el me-

dio más cierto y seguro para agradar á Dios y salvar mi alma. Enseñadme, maestra celestial, cómo debo tratar al amado huésped de mi alma para que El me la enriquezca con sus divinos dones, prenda de los doce frutos y bienaventuranzas. Y así como El os enriqueció á Vos desde el primer instante en que fuisteis concebida, y os eligió por Esposa suya, ejerced también ¡oh Madre mía! vuestro poderoso influjo á favor mio, bien seguro de que nada os negará un esposo tan dadivoso y tan bien correspondido de Vos. Amén.

Salve como el primer día, etc., etc.



SEXTO DIA

ACTO DE CONTRICION COMO EL PRIMER DIA

Dulce refrigerium.

Mi suave refrigerio.

CONSIDERACION.

Considera, devoto cristiano, en qué sentido debemos llamar refrigerio á Dios Espiritu Santo, puesto que templá nuestra sed y calor ó nos da la gracia para soportarlos, infundiendo en el alma el don de fortaleza, con el cual se acometen grandes empresas para gloria de Dios y las llevamos á cabo venciendo todos los

obstáculos. Según opina Santo Tomás de Aquino, es el don de fortaleza superior en eficacia á la virtud cardinal, que así se llama, pues da mayor fuerza para emprender cosas árduas y difíciles y hasta contrarias á todos los instintos de nuestra naturaleza, como el negarnos á nosotros mismos, sufrir las afrentas con alegría, practicar los consejos evangélicos y hasta para sufrir el martirio. Así se comprende cómo los Santos le pedían á Dios penas y trabajos. Padecer ó morir, decía Santa Teresa de Jesús; padecer y no morir decía Santa Magdalena de Pazzis; padecer y ser despreciado por Dios fué la aspiración constante de San Juan de la Cruz.

PUNTO SEGUNDO.

Considera atentamente la gigantesca empresa, que todos los mortales debemos acometer si queremos escalar el cielo por la senda que la practicaron muchos san-

tos y santas: pondera el cúmulo de obstáculos que nos presentan, el demonio con su astucia, odio y porfía; la carne con el fuego de las pasiones, el amor impuro, los goces sensuales, el orgullo, la vanidad, la tristeza del bien ajeno, el tedio, el hastío, la desesperación, la gula, la ira, la venganza, el ímpetu la osadía, el miedo, la terquedad, etc.; el mundo, esa turba loca y desenfrenada de chocarrieras, máximas, lujo, banquetes, teatros, modas, blasfemias, herejías, impiedad, bailes, cantos, sátiras, novelas, espectáculos inmorales, etc., y con todos conspira contra nosotros y nos pone obstáculos en la senda de la virtud. De ahí nace la necesidad que todos tenemos del don de fortaleza para que podamos resistir tantos obstáculos y vencer á nuestros numerosos enemigos.

PUNTO TERCERO.

Considera, en tercer lugar, las empre-

sas de valor, que mediante el don de fortaleza, hombres y mujeres han alcanzado realizar en todo tiempo: Moisés arguye y reprocha al terrible Faraón; Sansón mata á miles de filisteos él solo y sin armas; Gedeón vence y destroza un poderoso ejército con trescientos soldados; Judit corta la cabeza al poderoso Holofernes; David mata á un león, á un oso y al gigante Goliath; Judas Macabeo atraviesa el caudaloso Jordán y persigue á un ejército diez veces más numeroso que el suyo; los tres niños alaban á Dios en el horno de Babilonia, Daniel entre los leones y la madre de los macabeos entre los verdugos de sus siete hijos. Y mediante el mismo don de fortaleza, millones de nuestros hermanos han sufrido los tormentos más inauditos de fuego y sangre que inventar pudieron los verdugos paganos y herejes; así, por fin, los Apóstoles alcanzaron la palma del martirio y en todo tiempo han tenido imitadores en todas las partes del mundo.

ORACION.

Poderosísimo Espiritu Santo, que siendo lazo de amor divino entre el Padre y el Hijo, os llama la iglesia suave refrigerio para aliento de los mortales, concedme el don de fortaleza para emprender y llevar á término todo género de empresas que me exijan la gloria de Dios, y para triunfar de todos los enemigos que me acechen para perderme y llenar de escollos el camino de mi eterna salvación! Guiadme, pues, por el camino que debo seguir, para que pueda llegar sin tropiezo al cielo, donde Vos habitáis. Amén.

Se rezarán tres Padrenuestros, etc., como el primer día.

Oración á Maria Santísima.

Portentosa Virgen Maria, ejemplo de valor y fortaleza, por los lances de vuestra vida más gloriosos y por la gracia alcanzada de vuestro divino Esposo, con la cual vencisteis los mayores obstáculos y pudisteis resistir los mayores trabajos, alcanzadme de vuestro divino Esposo el don de fortaleza, para que á imitación vuestra, pueda y sepa triunfar de todos los peligros y tentaciones, con que me persiguen el mundo, demonio y carne. Amén.

Se reza la Salve, etc., como el primer día.



SEPTIMO DIA

ACTO DE CONTRICIÓN COMO EL PRIMER DÍA

In labore requies.

Tú, descanso en mis trabajos.

PUNTO PRIMERO.

Considera, alma cristiana, que entre los siete dones del Espíritu Santo es eminente el de ciencia. Esta es considerada por Salomón como el mayor de todos los bienes; todo lo demás, según él, no es más que vanidad de vanidades y aflicción de espíritu. La ciencia es un don del Espíritu Santo, que perfecciona el juicio y nos hace discernir lo verdadero de lo fal-

so. Este don sólo se adquiere del Espíritu Santo, y no por el estudio, por la observación ni por el discurso. Con el don de ciencia interpretaban los Apóstoles y Santos Padres el verdadero sentido de las santas Escrituras, y con él saben distinguir los santos la verdadera ciencia de las falsas teorías del siglo. Cada uno de los siete dones se opone á alguno de los siete vicios capitales, y así el don de ciencia se opone al vicio de la ira, que es el que más pronto ofusca la razón. El don de ciencia, dice el Doctor angélico, es semejante á la ciencia de Dios, aunque no es la misma, y comunica al entendimiento una luz y claridad tales, que hace ver las cosas como Dios las ve ó las ha previsto. ¡Pondera cuánto te importa alcanzar tú, este don del Espíritu Santo para que lo pidas y lo poseas!

PUNTO SEGUNDO.

Considera lo que sería del mundo y

del género humano si nadie poseyera el don de ciencia, que el divino Espíritu reparte de cuando en cuando á aquellos que lo piden con fe y constancia. ¿Qué de atrocidades y desatinos no han cometido los sabios del gentilismo, con su filosofía, costumbres y sacrificios humanos? Ni en nuestros días espantan menos los monstruosos errores de todo género, que propagan los hombres sin fe, y sin temor de Dios. Unos pregonan el comunismo, otros la impiedad, otros el racionalismo, el escepticismo, el anarquismo, el duelo, el suicidio ó, en fin, el caos hacia el cual camina una gran parte de la sociedad actual, la que, por otra parte, tiene mil pretensiones de sabia é ilustrada. Conque, pondera pues, la necesidad que tienen los hombres de poseer la verdadera ciencia, la que sólo se alcanza con la gracia de Dios, la fe y el don del Espíritu Santo.

PUNTO TERCERO.

Discurre, cristiano carísimo, en tercer lugar, cómo el don de ciencia aligera y suaviza las cruces y penas de esta vida. Con el auxilio del Espíritu Santo sobrellevamos sin inquietud los trabajos más arduos y dificultosos, por que El se constituye en ellos nuestro descanso; El nos da resignación en las privaciones y pérdidas que sufrimos de nuestros padres, de nuestros hijos, de nuestros amigos ó de nuestros bienes, de nuestra salud, de nuestra honra, etc., etc., y además, nos da fuerza para resistir nuestras enfermedades, el calor, el frío, la sed y el cansancio, porque en todas estas y otras fatigas de la vida, es Dios Espíritu Santo nuestra ayuda y nuestro descanso. Procura pues, hermano carísimo, pedir el auxilio del divino Espíritu en todas las pruebas y cruces que Dios te envíe.

ORACION.

Oh benignísimo Dios Espíritu Santo, que inseparablemente obráis con el Padre y con el Hijo, y la Iglesia os llama descanso en nuestras fatigas, dignificad, os ruego, el mérito de mis acciones y concededme el don de ciencia para mejor conocer el modo de servirlos con toda mi voluntad y agrado vuestro, y ayudadme á llevar la cruz de mi estado y demás penas de la vida, para que merezca llegar á poseer un día las delicias inefables de la gloria. Amén.

Se rezan tres Padrenuestros, &, &, como el primer día.

ORACION A MARIA SANTISIMA.

Benditísima Madre mía, vos, Madre del Salvador, Esposa de Dios Espíritu Santo y llena también de dolores, habéis experimentado más que ninguno la eficacia del auxilio de estos dones. ¿Quién, como vos, fué agobiada de cruces ó traspasada con tantas espadas de dolor, tanto en la profecía de Simeón, como en la huida á Egipto, la pérdida del Niño Dios, la calle de la Amargura, las tres horas al pie de la Cruz, el sepulcro de Vuestro Hijo y en vuestra soledad? Vuestras pruebas y amarguras fueron capaces de causaros la muerte; mas vuestro divino Esposo os confortó en mediõ de vuestras penas. Alcanzadme pues, Madre mía, la gracia que necesito para saber sufrir y llevar con paciencia y resignación cristianas las penas y cruces que se me es-

peran en este valle de lágrimas, para que os imite en esta vida y os vea en el cielo. Amén.

Sereza la Salve, etc., etc., como el primer día.

